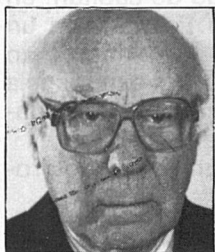


Retratos

Pedro Alcover Sureda

J. Tomás Monserrat



D. Pedro Alcover Sureda, licenciado en medicina y cirugía, en 1915, por la Universidad de Madrid, es el decano del Colegio Oficial de Médicos de Baleares. Tiene 92

años y el número 210 de colegiado (9 de febrero de 1918).

Para que nos hablase de su larga vida profesional acudimos a su domicilio palmesano de la calle Poeta Tous y Maroto.

—Nací en Palma, el 30 de octubre de 1893, en la calle de Santo Domingo 32, en una familia donde no existía tradición de médicos. Mi padre era notario. Poco después de mi nacimiento se trasladó a vivir a la calle Puigdorfila donde fuimos convencinos de los famosos médicos D. Luis y D. Francisco Frontera. A buen seguro que ellos influyeron en mi futura vocación.

—Cursé el bachillerato en el Instituto Balear. ¡Con qué cariño me vienen a la memoria los nombres de los profesores Llopis Galvis y Verdaguer de Travesí!

—Los estudios de Medicina los inicié en Palma, por libre, estudiando con Pep Rover y Emilio Darder, bajo la dirección de D. José Sampol. Nos examinábamos en Barcelona.

—Después, sin saber exactamente

porqué, quizás por instinto, fui a realizar los cursos de Medicina Clínica a Madrid, tal vez por creer que la Universidad de la capital era la mejor dotada. Viví en dos o tres pensiones y compartí aquellos años juveniles con Jaime Ferrer, futuro dentista, Carlos Garau estudiante de Ingeniero de caminos y con mi amigo Antonio Moner, otorrino.

—Con una preparación que juzgo escasa, terminé la carrera a los 22 años, en 1915. Ello me llevó a pasar una larga temporada en Barcelona donde conviví con mi hermano mayor Guillermo, notario en la ciudad condal. Los médicos de hoy acaban los estudios, creo, con mayor formación.

—Al año siguiente permanecí casi un año en París para ampliar conocimientos de cirugía esquelética en el Hospital Beaujous con el profesor Leonardo Tuffier.

Sentado en una cómoda butaca, junto a su hijo José, arquitecto, con buena memoria aunque algo debilitada últimamente, sigue, con nostalgia el largo camino profesional no interrumpido.

—Nunca dejé el ejercicio de la medicina, si bien solo en plan familiar últimamente ¿Quién buscaría los consejos y decisiones de un nonagenario? Pero soy médico y sigo siendo médico. Con memoria fiel y palabra segura continúa:

—Terminados los estudios en París viajé a Suiza para conocer los hospitales de Lausane, Davos y Geneve. Allí tuve ocasión de tratar a César Roux, el famoso profesor de Traumatología y Ortopedia.

¿Cuándo recaló en Mallorca, Don Pedro?

—Fue a raíz de la muerte de mi padre en 1918 víctima de la conocida gripe. Trabajé en un principio en el barrio del Puig de Sant Pere y, más tarde, en el pueblo de Sineu durante los meses de la epidemia.

—Mi afición a la cirugía me llevó después al Hospital Provincial para colaborar con Pedro Jaume y Matas. Ahí

estaba también, recién titulado, Miguel Ferrando, de Montuiri.

—Compartí el ejercicio en aquel centro público con el trabajo en mi clínica de Son Españalet, en la calle Alzina, en una casa de planta baja. Después, con la ilusión de los años jóvenes, quise construir una gran policlínica quirúrgica en la actual plaza Hornabeque, n.º 5. Para ello el arquitecto Francisco Casas diseñó el edificio, que aún subsiste, junto a la Riera. Al no prosperar la idea entre los compañeros lo vendí a Magín Marqués, quien lo habilitó para viviendas.

—Sin duda donde desarrollé mayor actividad fue en el Hospital Provincial. Sucedió a D. José Sampol y Vidal en la jefatura de la clínica de cirugía. Si tuve buenos maestros, nunca olvidaré Es metge Matas, conté con buenos ayudantes. Ramón Rotger fue uno de ellos.

—De aquella época guardo esta radio-dermitis crónica e incurable en mi mano izquierda testimonio de las placas realizadas debajo del foco de los Rayos X sin la debida protección. Cosas de la época y de su falta de medios.

—De aquellos años recuerdo especialmente las toracoplastias prodigadas a la vuelta de Suiza. Pero al final no dieron los resultados que se soñaban.

A Don Pedro se le iluminan los ojos y los recuerdos acuden a sus labios.

—He sido gran aficionado a la caza y sobre todo a los viajes. Recuerdo con especial cariño las ciudades de Venecia y Río de Janeiro, y he de decir que me gustaría volver a visitar Río. ¡Qué embrujo el de Brasil!

—Fui médico cirujano por vocación. También por los años treinta me tentó el tema de la sanidad ciudadana. Por ello pronuncié la conferencia inaugural del curso 1929, del Colegio de Médicos, con un trabajo titulado *Consideraciones sanitarias sobre el problema de las aguas en Palma*.

A los cuarenta años de la contienda civil de 1936-39, que nos diría de ello?

—Trabajé, estampillado de capitán, en el Hospital Militar de Palma y en un improvisado hospital de sangre, en Manacor, donde sufrí la experiencia de una bomba que apenas causó daños personales ni materiales.

—No recordemos momentos dolorosos que jamás deberían repetirse.

—Voy a morir pronto, aunque he de decir que pertenezco a una familia de longevos.

El diálogo, a pesar de la leve sordera de Don Pedro, no acabaría nunca. Se agolpan los recuerdos.

—Mi madre Dolores vivió 103 años, mi hermano Guillermo, notario, 93, mi hermana Teresa uno menos y, actualmente, vivimos cuatro: una hermana de 87, religiosa del Sagrado Corazón, otra que convive con nosotros de 84 y el menor que ya ha sobrepasado los 81.

Así, con la gloriosa carga de 92 años y 71 de titulación, el decano de nuestros médicos, vive, apartado de la vida pública, en la quietud del piso familiar.

Gracias, Don Pedro, por la amabilidad en responder a lo que no es, como ha dicho, «un atraco a su memoria». ¡Qué Dios le conceda el gozo de su centenario!

P.S. Desgraciadamente el Dr. Alcover falleció el 19 de abril de 1986, veintidós días después de realizar esta entrevista.